

XVII.

SITUACIÓN.—PELIGROS.—ACTIVIDAD.—EL
MAYORDOMO HOBART.—VISITA AL ARRE-
CIFE.

Continuación del 30 de Octubre.

He hablado con Mr. Letourneur de la situación en que nos hallamos y he creído poder asegurarle que nuestra estancia en el arrecife será corta si las circunstancias nos favorecen. Pero Mr. Letourneur no parece ser de mi opinión.

—Temo, por el contrario, me responde, que tengamos que estar mucho tiempo aquí.

—¿Y por qué? le pregunto. Algunos centenares de balas de algodón que arrojar al agua no constituyen una tarea lar-

ga y difícil, antes bien en dos ó tres días puede quedar terminada.

—Sin duda, señor Kazallón, eso podría hacerse rápidamente si desde ahora mismo pudiera la tripulación poner manos á la obra. Pero es absolutamente imposible penetrar en la bodega del *Chancellor* porque allí el aire no es respirable; ¡y quién sabe si no pasarán muchos días antes de que se pueda bajar, pues que la capa intermedia del cargamento arde todavía! Por otra parte, una vez dominado el fuego, ¿quedaríamos en estado de navegar? No: sería necesario tapar la vía de agua, que debe ser grande, y cegarla con el mayor cuidado si no queremos irnos á fondo después de haber corrido el riesgo de morir abrasados. No, señor Kazallón, yo no me hago ilusiones y consideraré como una circunstancia felicísima que dentro de tres semanas hayamos podido salir del escollo. ¡Quiera el cielo que entre tanto no se desencadene alguna tempestad antes

de habernos hecho á la mar, porque el *Chancellor* se rompería como si fuese de vidrio en este arrecife, que sería nuestra tumba.

Este es el peligro mayor de que estamos amenazados. El incendio se extinguirá indudablemente; el buque podrá ponerse á flote; á lo menos todo induce á creerlo así, pero estamos á merced de un golpe de viento; y aun admitiendo que la parte mas elevada del escollo pueda ofrecer refugio durante una tempestad, ¿qué sería de los pasajeros y de la tripulación del *Chancellor* cuando no quedasen del buque más que los restos de un naufragio?

—Señor Letourneur, le he preguntado, ¿tiene usted confianza en Roberto Kurtis?

—Absoluta, señor Kazallón, y miro como un favor del cielo que el capitán Huntly le haya entregado el mando del buque. Todo lo que sea necesario hacer para sacarnos de este mal paso estoy seguro de que Roberto Kurtis lo hará.

—Absoluta, señor Kazallón, y miro como un favor del cielo que el capitán Huntly le haya entregado el mando del buque. Todo lo que sea necesario hacer para sacarnos de este mal paso estoy seguro de que Roberto Kurtis lo hará.

Cuando pregunto al capitán cuánto podrá durar nuestra estancia en el arrecife, me responde que todavía no puede calcularlo y que dependerá de las circunstancias, pero que presume que el tiempo no nos será desfavorable. En efecto, el barómetro sube de un modo continuo y sin oscilar como oscila cuando las capas atmosféricas no están todavía bien equilibradas. Hay pues síntomas de una calma duradera y por consiguiente presagios felices para nuestra operación.

Por lo demás, no se pierde ni una hora de tiempo y todos se ponen á trabajar con actividad.

Roberto Kurtis piensa en primer lugar en extinguir completamente el incendio que consume todavía las capas supe-

riores de las balas de algodón por cima del nivel à donde llega el agua en la bodega. Pero no se trata de perder tiempo en salvar el cargamento. Es evidente que lo único que hay que hacer consiste en ahogar el fuego entre dos sábanas líquidas. Las bombas comienzan, pues, à hacer de nuevo su oficio.

Durante estas primeras operaciones la tripulación es bastante para la maniobra de las bombas. No se ha pedido el auxilio de los pasajeros, pero estamos todos prontos à ofrecer nuestros brazos, cuya fuerza no es de despreciar cuando se proceda à la descarga del buque. Entre tanto los Letourneur y yo ocupamos el tiempo ya en hablar, ya en leer, y yo además dedico algunas horas à redactar este diario. El ingeniero Falsten, poco comunicativo, se absorbe en sus cálculos ó traza croquis de madera con plano, corte y alzada. ¡Plegue al cielo que pueda inventar algún poderoso aparato para poner à flote el *Chancellor*! Los Kear

se mantienen apartados de todos y nos ahorran el fastidio de oír sus recriminaciones incesantes; por desgracia miss Herbey se vé obligada à permanecer con ellos y vemos muy poco à la joven. Sila Huntly no se mezcla en nada de lo que interesa al buque; el marino no existe en él y el hombre apenas si vegeta. El mayordomo Hobbart hace su servicio habitual como si el buque estuviese en curso regular de navegación. Este Hobbart es un personaje obsequioso disimulado, generalmente en desacuerdo con su cocinero Jynxtrop, negro de mala catadura, de aire brutal é impudente, que se entiende con los demás marineros más de lo que conviene.

Las distracciones no pueden menos de ser muy raras à bordo. Por fortuna me ocurre la idea de explorar el arrecife desconocido donde ha encallado el *Chancellor*. El paseo no será largo ni ameno sin duda, pero es una ocasión de dejar el buque por algunas horas, y estudiar un

suelo cuyo origen es seguramente curioso.

Importa, además, levantar el plano de este arrecife, que no está indicado en los mapas, y levantarle con cuidado. Pienso que los Letourneur y yo podemos hacer fácilmente este trabajo de hidrografía, dejando luego al capitán Kurtis el cuidado de completarlo, cuando haya calculado de nuevo la longitud y la latitud del escollo con toda la exactitud posible.

Los Letourneur admiten mi proposición. Se pone á nuestra disposición la ballenera, provista de sondalezas y conducida por un marinero, y dejamos el *Chancellor* en la mañana del 31 de Octubre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVIII.

UN ISLOTE SINGULAR.—ORIGEN PLUTÓNICO
LAROCA DEL JAMÓN.—HERMOSA GRUTA.—
LO QUE SE PUEDE DAR POR ELLA EN AL
QUILER.

Del 31 de Octubre al 5 de Noviembre.

Hemos comenzado por dar la vuelta al islote, cuya longitud mide un cuarto de milla, sobre poco mas ó menos.

Este pequeño viaje de circunnavegación queda terminado rápidamente, y con la sonda en la mano observamos que las inmediaciones del arrecife son muy acantiladas, el agua junto á las rocas es profundísima, y no hay duda, es un brusco levantamiento, un violento empuje debido á la acción de las fuerzas plutonianas,

el que ha proyectado este escollo fuera de las aguas.

En cuanto á su origen no es discutible; es puramente volcánico. No se ven por todas partes más que bloques de basalto dispuestos en un orden perfecto y cuyos prismas regulares dan al conjunto el aspecto de una cristalización gigantesca. La mar es maravillosamente transparente alrededor del escollo y permite ver el haz curioso de fustes prismáticos que sostienen esta notable substrucción.

—¡Qué islote tan singular! dice M. Letourneur.

Su aparición es sin duda muy moderna.

—Evidentemente, responde el joven Andrés, y añadido que es un fenómeno idéntico á los que se han producido para elevar la isla Julia en la costa de Sicilia y el grupo de los Santorinos del Archipiélago. Este fenómeno ha creado sin duda el islote en que estamos, precisamente para que encallemos en él.

—En efecto, añadido yo, es preciso que haya habido últimamente un levantamiento plutoniano en esta parte del mar, pues que este escollo no figura en las cartas más modernas, y no podría haberse escapado á las investigaciones de los marinos en esta parte del Atlántico que es tan frecuentada. Explorémosle, pues, con gran cuidado y le pondremos en conocimiento de los navegantes.

—¿Quién sabe si no desaparecerá en breve á consecuencia de un fenómeno semejante al que le ha producido? responde Andrés Letourneur. Usted sabe, señor Kazallón, que muchas de esas islas volcánicas duran muy poco, y cuando los geógrafos hayan inscrito esta en sus nuevas cartas, tal vez ya no existirá.

—No importa, hijo mio, responde Mr. Letourneur. Más vale indicar un peligro que no existe que pasar en silencio uno que existe realmente, y los marinos no podrán quejarse si no encuentran ya el

escollo en el sitio donde nosotros le hayamos señalado.

—Tiene usted razón, padre, responde Andrés, y al fin y al cabo es posible que este islote esté destinado á durar tanto tiempo como nuestro continente. Sin embargo, si ha de desaparecer, el capitán Kurtis preferirá que desaparezca dentro de algunos días, cuando haya reparado sus averías, porque esto le ahorraría el trabajo necesario para poner á flote el *Chancellor*.

—Verdaderamente, Andrés, dije riéndome, usted pretende disponer de la naturaleza como soberano. Quiere usted que levante ó sumerja un escollo, según su voluntad ó su necesidad personal, y después de haber creado estas rocas, especialmente, para que nos permitan apagar el incendio del *Chancellor*, pretende usted que desaparezcan al golpe de su varita de virtudes con el objeto de desprenderlo del escollo.

—Yo no quiero nada, señor Kazallon,

responde complacientemente el joven, sino dar gracias á Dios por habernos protegido tan visiblemente; Dios ha querido que nuestro buque encallase en este arrecife y su Providencia le pondrá á flote, cuando llegue el momento oportuno.

—Y nosotros ayudaremos con todas nuestras fuerzas, ¿no es verdad?

—Si, señor Kazallon, responde Mr. Letourneur, porque es la ley de la humanidad que uno se ayude á sí mismo. Sin embargo, Andrés tiene razón para poner su confianza en Dios. Ciertamente que aventurándose al mar un hombre hace un uso notable de las cualidades que le ha concedido la naturaleza; pero en este océano sin límites, cuando los elementos se desencadenan, comprende cuán frágil es el buque que le lleva, y cuán débil y desarmado se encuentra él mismo personalmente. Así, pienso que la divisa del marino debería ser esta: confianza en sí propio y fe en Dios.

—Nada más cierto, señor Letourneur, he respondido, y por lo mismo creo que hay pocos marinos cuya alma esté obstinadamente cerrada á las impresiones religiosas.

Hablando así examinamos con cuidado las rocas que forman la base del islote, y todo nos convence de su origen reciente. En efecto, no hay una concha ni una alga adherida á las paredes de basalto. Un aficionado á historia natural no encontraría en qué ocuparse en este amontonamiento de piedras, donde la naturaleza vegetal y animal no ha impreso todavía su sello. No hay absolutamente ningún molusco ni hidrofito; el viento no ha traído todavía un solo germen y las aves marinas no han buscado aún refugio en este islote. Sólo el geólogo puede encontrar aquí materia para un estudio interesante examinando esta substrucción basáltica, que no presenta más que indicios de formación plutónica.

En este momento vuelve nuestra canoa á la punta Sur de la isla en la cual está encallado el *Chancellor*. Propongo á mis compañeros echar pié á tierra y aceptan.

—En caso de que el islote deba desaparecer, dice riendo el joven Andrés, bueno será que seres humanos le hayan hecho antes una visita.

La canoa se acerca y saltamos sobre la roca basáltica. Andrés nos precede porque el suelo es bastante practicable y el joven no necesita un brazo para sostenerse. Su padre va un poco detrás, cerca de mí, y los tres subimos por una pendiente suave, que conduce á la cima más elevada del escollo.

Un cuarto de hora nos basta para atravesar esta distancia y los tres nos sentamos sobre un prisma basáltico que corona la roca más alta del islote. Andrés Letourneur saca entonces un cuaderno de su bolsillo y comienza á dibujar el arrecife cuyos contornos se proyectan

claramente á nuestra vista, sobre el fondo verde de las aguas.

El cielo está puro, y la mar, baja entonces, descubre las últimas puntas que sobresalen al Sur, dejando entre sí el estrecho paso seguido por el *Chancellor* antes de haber encallado.

La forma del escollo es bastante singular y absolutamente parecida á la de un jamón de York, cuya parte central va elevándose hasta la tumefacción, cuya cima ocupamos nosotros.

Así, cuando Andrés ha concluido de trazar el perímetro del islote su padre le dice:

—¡Pero, hijo, lo que tú has dibujado ahí es un jamón!

—Sí, padre, responde Andrés, un jamón basáltico de un tamaño capaz de regocijar á Gargantúa; y si el capitán Kurtis consiente, daremos á este arrecife el nombre de Roca del Jamón.

—Cierto, exclamo yo, que no puede dársele nombre que mejor le convenga;

¡Escollo de la Roca del Jamón! Advertiremos á los navegantes que no se acerquen sino á una distancia muy respetuosa, pues no tienen los dientes bastante duros para morderlo.

Al extremo Sur del islote está encallado el *Chancellor*, es decir, en la pierna misma del jamón y en la pequeña ansa, formada por la concabidad de esta pierna. El buque se encuentra encallado sobre estribor y da directamente la banda en este momento, porque la marea está en su nivel más bajo.

Terminado el dibujo de Andrés Letourneur, bajamos por otra pendiente suave que se dirige al Oeste, y en breve se ofrece una hermosa gruta á nuestras miradas.

Parece verdaderamente una obra de arquitectura del orden de las que ha fundado la naturaleza en las Hébridas y más particularmente en la isla de Staffa. Los Letourneur, que han visitado la gruta de Fingal, la encuentran enteramente pare-

cida a esta, aunque en proporciones reducidas; la misma disposición de prismas concéntricos debida al modo especial de enfriamiento del basalto; el mismo dosel de vigas negras cuyas juntas están marcadas por una materia amarilla; la misma pureza de aristas prismáticas perfiladas con más limpieza que hubiera podido hacerlo el cincel del mejor ornamentista; en fin, el mismo murmullo del aire al través de estos basaltos sonoros, de que los bardos del país de Gales han formado las arpas de las sombras fingalianas. Solamente hay la diferencia de que en Staffa el suelo es una sábana líquida, y aquí el mar no puede llegar á la gruta sino en las grandes oleadas y mareas, y el campo de los fustes prismáticos forma un pavimento sólido.

—Además, observa Andrés Letourneur, la gruta de Staffa es una vasta catedral gótica, y ésta, puede decirse que no es más que la capilla de aquella catedral. ¿Pero, quién hubiera creído poder

encontrar tal maravilla en un arrecife desconocido del Océano.

Después de haber descansado una hora en la gruta de la Roca del Jamón seguimos el litoral del islote y volvemos al *Chancellor*. Participamos á Roberto Kurtis el resultado de nuestro descubrimiento é inscribe el islote en su carta con el nombre que le ha dado Andrés Letourneur.

En los días siguientes no hemos dejado de dar un paseo á la gruta de la Roca del Jamón, donde pasamos algunas horas. Roberto Kurtis la ha visitado también, pero como hombre que tiene que pensar en cosas de más importancia que mirar una maravilla natural. Falsten ha ido una vez para examinar la naturaleza de las rocas y romper algunos pedazos con la crueldad de un geólogo. Mrs. Kear no ha querido incomodarse y ha permanecido confinado á bordo. He propuesto a Mrs. Kear que nos acompañe á una de nuestras excursiones; pero la mo-

lestia de embarcarse en la canoa y de experimentar algún cansancio, la ha inducido á no aceptar mi proposición.

Mr. Letourneur ha invitado igualmente á Miss Herbey á visitar el arrecife, pensando que esta excursión podría ser le agradable. La jóven ha creído poder aceptar la proposición, muy contenta de verse libre, aunque no sea más que por una hora, de la tiranía caprichosa de su señora.

Pero cuando ruega á Mrs. Kear que le permita salir del buque, Mrs. Kear le niega el permiso.

Me indigna esta conducta, é intervengo cerca de Mrs. Kear en favor de Miss Herbey. Tengo que luchar un poco, pero como ya he tenido ocasión de prestarle algunos servicios, y puede aún necesitar de mí, la egoísta pasajera concluye por ceder á mis instancias.

Miss Herbey nos acompaña, pues, varias veces en nuestros paseos por las rocas. Otras también paseamos por el li-

toral del islote y almorzamos alegremente en la gruta, mientras las arpas basálticas vibran bajo la brisa. Nos satisface mucho el placer que experimenta Miss Herbey al verse libre durante algunas horas. Ciertamente que el islote es pequeño, pero nada en el mundo ha parecido tan grande á la joven. Nosotros también amamos este árido arrecife, y pronto no hay una piedra que nos sea conocida, ni un sendero que no hayamos seguido alegremente. Es una vasta posesión comparada con el puente estrecho del *Chancellor*, y estoy seguro que á la hora de la partida no le dejaremos sin sentimiento.

A propósito de la isla de Staffa, Andrés Letourneur nos dice que su propiedad pertenece á la familia de los MacDonald, que la arriendan por un año á razón de doce libras esterlinas.

—Pues bien, señores, pregunta Miss Herbey, ¿creen ustedes que se podría arrendar esta isla en más de cinco reales?

—Ni en dos cuartos, señorita, dije yo riéndome. Es que tendrá usted la intención de tomarla en arrendamiento?

—No, señor Kazallón, responde la joven comprimiendo un suspiro, y sin embargo, este es quizás el único sitio en que he sido feliz.

—Y yo también, murmura Andrés.

Esta respuesta de Miss Herbey indica muchos dolores ocultos. ¡La joven, pobre, sin padres y sin amigos, no ha encontrado todavía la felicidad de algunos instantes sino en una roca ignorada del Atlántico!

XIX.

ABERTURA EN EL CASCO.—DESCARGA DEL BUQUE.—EXAMEN DE LA AVERIA.—DISPOSICIONES.—MANO A LAS BOMBAS.

Del 6 al 15 de Noviembre.

En los cinco primeros días desde que encalló el *Chancellor*, se escapan de la bodega vapores acres y espesos que después disminuyen poco á poco, y el 6 de Noviembre se puede considerar ya extinguido el incendio. Sin embargo, por vía de precaución, Roberto Kurtis manda continuar la maniobra de las bombas, de modo que el casco está anegado hasta la altura del entrepuente. Sólo cuando baja la marea, baja también el agua de la bodega y las dos superficies líquidas se nivelan interior y exteriormente.